

El hombre de los mil nombres

Luis Sánchez Latorre

He oído a menudo esta queja: “A mí no me lee nadie en mi casa”.

El que se queja es, sin duda, un escritor de oficio que además tiene una casa y una familia. La familia por lo general adora los primeros éxitos del principiante. Después se aburre de leer al conocido de siempre.

Recuerdo que mi amigo Homero Bascuñán, que fue uno de los más ilustrados y amenos colaboradores de “Las Últimas Noticias”, reconocía con verdadera flema deportiva la situación de “outsider” en su hogar. Consideraba inclusive una ventaja para los suyos abstraerlos de esfuerzos mayores.

Cuando presenté por primera vez en el diario a Bascuñán, hombre que por edad podía ser mi padre, tuve miedo de que mis colegas de generación rechazaran el chilénísimo acento del postulante. Vanas fueron, felizmente, mis aprensiones. A los pocos días estaba instalado en su escritorio y gozaba de la simpatía cariñosa del vasto conjunto.

Homero Bascuñán se hizo aquí famoso

por su enorme cantidad de seudónimos. Desde luego, su propio nombre -Homero Bascuñán- era seudónimo. En realidad, civilmente se llamaba Humberto Cortés Cortés, había nacido en Tamaya, legendario pueblo minero, y era el hijo único de un matrimonio de primos hermanos. Emplea-



ba un seudónimo para cada caso de crónica. Veamos algunos: Pío Seglar, Juan de Almonacid, Juan Tres Palos, Chago Antúnez. Con este último escribía una columna de “versos de ciego” que tenía gran demanda entre los lectores comunes y corrientes. En

este sentido habría retomado la bandera de Antuco Antúnez, seudónimo del poeta y brillante cronista de comienzos del siglo veinte Pedro E. Gil, quien se había distinguido como jefe de corrección de pruebas de “El Mercurio”.

En una época en que la publicación de

Homero Bascuñán se hizo famoso por su enorme cantidad de seudónimos: Pío Seglar, Juan de Almonacid, Juan Tres Palos, Chago Antúnez. Incluso su propio nombre era seudónimo, porque en verdad se llamaba Humberto Cortés Cortés.

versos estaba ya de baja en la prensa escrita, los “versos de ciego” de Chago Antúnez obtenían el aplauso de todos: hasta de los legos. Como ocurre hoy con los “artefactos” de Nicanor Parra.

En diciembre de 1956, Joaquín Edwards

Bello escribía lo siguiente: “Traidor al oficio me ha parecido el periodista que no pierde la ocasión de atacar a otro periodista cuando cree haber sorprendido una equivocación y un error. Pertenece a la misma familia de trabajadores o estrujadores de la médula. Equivocaciones son naturales e inevitables. Hace poco sorprendí errores en la página editorial de ‘El Mercurio’. Los guardé para mí. En ‘Las Últimas Noticias’, de la misma empresa, encontré una sabrosa crónica, firmada por Homero Bascuñán. Mi colega Bascuñán. Al final de la sabrosa crónica, ‘Un té a la Santa María’, el colega puso un mito que contaban los calicheros hace treinta años. No estaba en mi colección y es un tipo de mito ponderativo popular...”.

Cronista a lo Mesonero Romanos, a lo Antonio Díaz-Cañabate, a lo Jotabeche (José Joaquín Vallejo) o a lo Ángel Pino (Joaquín Díaz Garcés), Homero Bascuñán decía que su prolongada experiencia como obrero del salitre había multiplicado por diez su visión del mundo.